

Aire

Solaris



Capítulo 1

El paisaje corresponde a algún lugar cercano en más de un rincón de mis esperanzas; verde coral mis ademanes y del color de los trigales mis silencios. Nubes de polvo elevan imágenes distorsionadas de otras estancias de mi memoria, agotando ese aire de vanguardia de mis días en ese planeta donde duermen los dioses, sin descanso.

Estas mañanas, ya oxidadas en lo más profundo, no me cuentan nada de lo que formamos apostando lo mejor de ese viaje que comenzó en los alrededores de tus ojos. En cada episodio jamás descuide mis pequeños abalorios, era, de alguna manera, cercar ese aire virgen de nuestros sueños. Y vuelvo a soñar con mi hogar, su llama quema mi escuálida almohada apostada en tierras de color rojizo, intensamente cómplices.

Hay atardeceres en los que el tintineo continuo de alguna estrella me saca de mis ensimismamientos crónicos y consigue hacerme tararear una melodía primigenia, cósmica, a modo de llamada de auxilio. Me siento sumido en esta profundidad tan rojiza, atropellando mis contadas bocanadas por el miedo a esta terrible singularidad de ser solo uno. Porque mis alas no me sirven en estos momentos, como me gustaría ser golondrina en el mar de fuego que es este cielo para remontar estas cadenas perennes de ti, y solo puedo marchitarme junto a la ilusión en esta clave.

Y por más que no deseo conocer mis límites en este planeta se dejan entrever en toda esa tierra pegada a mis alas, sin posibilidad de llegar al planeta de mis memorias, a aquella ventana que te ve amanecer cada mañana.

Flotan en mi pecho tantas nubes blancas cómplices del azul; la humedad blanca del agua corriendo entre los pliegues de mi piel; ese aire floreciendo en mi renacer.

Ojalá estuvieras en mis horas oscuras en este planeta apagado, hoy un poco más. Si te salvas, me arrastrarás contigo.